

Recuerdos de Aranzadi

Sesenta años de amistad

por

Luis de Hoyos Sáinz

No es esta una biografía, ni una bibliografía, ni una necrología, pues los amigos, discípulos y paisanos que han constituido «Aranzadi Sociedad Divulgadora de las Ciencias Naturales», tienen varios ejemplos de la primera en todos los diccionarios y enciclopedias, desde el Hispano-Americano y la enciclopedia Espasa, hasta los últimos diccionarios biográficos que acaban de publicarse; la segunda fué hecha con paciencia y justeza, por el malogrado y modestísimo Pedro Garmendia, publicada en la Revista Internacional de Estudios Vascos, t. XXVI, año 1935, y completada desde el año 1930 en un apéndice de la enciclopedia Espasa; y la tercera en múltiples ofrendas de admiradores y aun críticos, en las publicaciones de la «Sociedad Española de Historia Natural», «Real Academia de Ciencias Exactas Físicas y Naturales», «Boletín de la Real Sociedad Geográfica», «Academia de Ciencias de Barcelona», «Estudios Geográficos», «Revista de Dialectología y Tradiciones Populares» y otras, faltando sólo, sin que explicación tenga, en las Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria.

Estas páginas son una añoranza y una reviviscencia de una amistad de 60 años y una colaboración científica de 40, pues se inició cuando yo estudiante, era el dibujante y realmente ayudante del viejo Museo de Ciencias Naturales de Madrid, en aquel dieciochesco gabinete de Historia Natural, albergado por Carlos III en el último piso del palacio de la calle de Alcalá al perder para siempre la posibilidad de instalarse en el gran Museo del Prado, que Villanueva trazó e hizo para Museo de Ciencias Naturales, contigo y conti-

nuación del espléndido, aunque por dos veces reducido jardín botánico, salvado ya de su traslación que sería su desaparición por un mayor reconocimiento de la cultura administrativa y popular, que le dejará perdurar en su asiento actual y no volver, como se ha pretendido, a las proximidades de la Dehesa de Quita Pesares, en las orillas del río madrileño.

Conocí yo a Aranzadi en una modesta y típica casa de huéspedes, desaparecida ya, en la solitaria calle de San Ignacio, donde con su primo Miguel de Unamuno, residía en las épocas en que comenzaban su dura lucha en oposiciones a cátedras en los últimos años del decenio de 1880.

Opositaban ambos a cátedras de Institutos, de Historia Natural Aranzadi, y de Psicología Unamuno, y ambos fracasaron en los primeros intentos, no ciertamente por su penuria cultural, sino por el sistema y un poco por su espíritu nada ductil y su hipercrítica erudición, en la que ambos coincidían aunque fueran opuestas las otras cualidades de su caracterología, a punto tal, que el lazo de sangre tal vez más unamunesco que aranzadiano, no bastó para separarlos y si D. Miguel ya en la guerra de 1914 declaraba pantó-fogo a D. Telesforo, éste no ocultaba que su primo era un caso de mistificación, no en el sentido de falsedad, sino en el de mezcla de las dos filias y las dos fobias.

Aranzadi naturalista

Hay que destacar que era plena y valiosamente un verdadero naturalista, al tipo ya extinguido de los del siglo XIX, cuando aún quedaba sobre todo en Alemania aquella tradición de médicos y naturalistas, y en Francia sostenía Quatrefages el criterio de la necesidad de extensión a todo el horizonte del conocimiento de la naturaleza, aún para los especialistas de ella, pues el geólogo sin el biólogo eran semi-naturalistas, y fundamentalmente el antropólogo era un simple descriptor de razas o tipos sin el doble cimientto de los dos pilastrones de la Historia Natural.

Aranzadi, hizo primero la carrera de farmacia, profesión que en aquella época, era escogida por las clases medias, como seguro refugio para un vivir modesto. Así aunque terminara esta Facultad

con un premio extraordinario por su «Estudio sobre los insectos vesicantes aplicados a la farmacia», esta aplicación y este nexo con la vía profesional, fué quebrando poco a poco por el tirón constante que en su cultura daban, las ciencias fundamentales naturales, mineralogía, botánica y zoología de la técnica aplicada particular.

La atracción de las ciencias fundamentales, no aplicativas, le llevó a obtener el premio de la Real Academia de Ciencias, Exactas, Físicas y Naturales por su investigación la más completa hasta entonces en España, de «Setas y hongos del País Vasco», que a la concreción y exactitud de su texto, unió y así figura en el informe que premió el trabajo, la más real ilustración en forma y en color, de los géneros y especies allí descritas, y así apareció destacándose en Aranzadi su gran aptitud y habilidad para el dibujo, que le proporcionó el primer puesto oficial de Dibujante del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, cargo por el que yo inicié su conocimiento, aunque esta orientación tuvo que abandonarla al no obtener la cátedra de anatomía artística de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, en uno de los ejercicios que se dijo, que Aranzadi daba la realidad anatómica, y el agraciado con el nombramiento, creaba formas artísticas.

La adscripción a la facultad de formación, hízola triunfando en las oposiciones de la Universidad de Granada donde residió algunos años, después de haber fracasado en las de Historia Natural de Barcelona, en unión de otro naturalista vasco Federico de Gredilla y Gauna, arrollados por el menos naturalista pero inteligentísimo y hábil expositor Odón de Buen. Pero Barcelona era ciertamente un foco de atracción para Aranzadi, pues a su Facultad de Farmacia pasó a explicar botánica y en el cometido de este empeño probó que no era un mero relator de obra ajena, publicando investigaciones propias, acerca de los hongos de Cataluña y otros trabajos, aparte de un utilísimo memorandum de botánica descriptiva.

La iniciación y el cultivo de la Antropología

La polarización hacia lo que había de ser su definitiva ciencia, actuó en la cultura de Aranzadi, desde que se inició hacia 1887,

la creación de una sección de antropología en el Museo de Historia Natural de Madrid, a cargo de aquel sembrador D. Manuel Antón y Ferrándiz que años después había de obtener la cátedra al ser creada en la Facultad de Ciencias de la Universidad Central.

En la buhardilla, que con verdadero tragaluz a la calle de la Aduana se instauró la nueva ciencia, fueron recogidos, las calaveras y algunos huesos, de las secciones de anatomía comparada y de paleontología, más los objetos más importantes antropológicos y etnográficos, de las viejas colecciones de América y principalmente de la llamada expedición al Pacífico en la década de 1860. Allí inició Antón con verdadera habilidad propagandística, el cultivo de la antropología un poco desorbitada y amplificadas por aquella época, y allí comenzamos Aranzadi y yo la ordenación y clasificación de los ejemplares craneológicos que fueron aumentados con los procedentes de un llamado Museo de Ultramar, transitorio y hoy redivivo en el flamante Museo de América, instalado provisionalmente en el Museo Arqueológico Nacional; de este Museo, pasó un buen fondo, no solo de calaveras, sino de objetos, procedentes de la exposición celebrada en el Retiro en 1887 y en la que nosotros fuimos los ayudantes de Antón en sus investigaciones sobre los representantes de las diversas razas del archipiélago y los cráneos allí enviados con múltiples objetos etnográficos.

En aquella buhardilla, reuníanse los que pudiéramos llamar iniciados en la nueva ciencia, principalmente D. Rafael Salillas, el Marqués de Secane, el nuevo catedrático Sr. Bonilla San Martín, y el Dr. D. Federico Olóriz, más nosotros como acólitos del oficiante en aquella catequesis de la difusiva antropología que celebraba sesiones públicas o conferencias dadas por Antón en una típica sala de estilo Carlos III, en la que se habían instalado a título de aula unos bancos en hemicírculo.

En aquella época heroica de la antropología, fuimos Telesforo y yo como ayudantes del entonces todavía auxiliar de la Facultad Sr. Antón, los que organizamos la revisión, clasificación y colocación en forma museográfica, del entonces Museo Velasco, cedido al Estado por aquel verdadero mecenas de la ciencia española, y aunque los trabajos fueron largos y pacientes no tuvimos más recompensa

ni honorífica ni pecunaria, que el aprendizaje que hicimos al manejar las colecciones, y el dominio de la técnica de laboratorio que nos llevó pronto a publicar nuestros primeros trabajos y con verdadera fe y entusiasmo, Aranzadi directamente o por amigos y paisanos, aumentaba la colección del Dr. Velasco, con calaveras de las Vascongadas y Burgos, al propio tiempo que yo lo hacía de las de Santander y Palencia.

Pronto publicó Aranzadi «El Pueblo Euskalduna», premiado por la Société d'Anthropologie de París, que con los campurrianos estudiados por mí, fueron los dos primeros trabajos monográficos de la raciología española, e iniciando el siamesismo antropológico, nos publicó como verdadera honra la «Sociedad Española de Historia Natural», nuestro primer trabajo en colaboración, un avance a la antropología de España, que fué en realidad el punto de partida, del conocimiento craneológico de los diversos tipos regionales, y por ende de la raciología española, ya que fué la primera investigación objetiva de las colecciones reunidas en el Museo Antropológico. Tras aquel primer avance, por la nunca bien agradecida liberalidad científica de aquel catedrático de Medicina D. Federico Olóriz, comenzamos pronto el estudio de la insuperada colección de calaveras completamente filiadas y conocidas en todos sus detalles del sujeto a que pertenecieron, con benedictina paciencia recogidas, durante bastantes años, en los fallecidos en el Hospital General y en el llamado Clínico de Madrid. Esta colección de 2.500 ejemplares, unida a las del Museo Velasco, nos dió trabajo en una decena de años para múltiples publicaciones, dadas a luz en las revistas españolas y extranjeras, y ha constituido felizmente el conocimiento, pudiéramos estimarle ya fijo, de seis de nuestras regiones étnicas y de 35 de nuestras provincias peninsulares. No me corresponde hablar del resultado de estos trabajos, pero por veracidad científica informativa, debo decir que fueron recogidos por todas las autoridades antropológicas en sus libros generales y monográficos, desde Verneau Denizér, los maestros italianos de la misma época, los ingleses un poco posteriormente y los de los restantes países, como Lustchen, Pittard, R. Martín, Hrdlicka, el baron de Eielzsfedt y los profesores ingleses Haddon y Fleure entre otros, siendo estimadas

por el actual catedrático sucesor de Aranzadi en la Cátedra de Barcelona, como los fundamentos clásicos de la antropología peninsular.

Una aclaración, ya discutida con Aranzadi, añadimos para explicar la falta de colecciones craneológicas en los Museos y laboratorios de Barcelona, debida a que funcionaban como en departamentos estancos las dos facultades de ciencias y medicina, y para complicar la unidad metodológica, vino la intervención de las Facultades de Filosofía, varios de cuyos alumnos, cursaron oficialmente la asignatura de antropología. Ello hizo que exclusivamente los cráneos prehistóricos y protohistóricos, enriquecieran las colecciones, no solo del litoral catalán, sino de todos los demás museos de España, y que los datos de la antropología sobre el vivo, que tan seria y extensamente inició Olóriz y siguió el médico militar Sr. Sánchez Fernández, tampoco fueran recogidos, clasificados y utilizados, más que en muy corto número, y que fueran más numerosas las observaciones y aun publicaciones, de la antropología escolar y de la niñez, por algún discípulo de Aranzadi en Barcelona, que utilizó su librito de Antropología, y por varios míos de la Escuela Superior del Magisterio en diversas provincias, entre las que pudiéramos destacar las de Vizcaya y Guipúzcoa, aunque limitadas a los caracteres métricos de las colonias escolares.

Claro es que a espíritu tan amplio y completo como el de Aranzadi en las ciencias antropológicas, no podían faltarle el estudio de los temas generales y metodológicos y aunque este criterio se evidencia en la mayoría de sus estudios particulares que jamás se limitaron al mero acopio de medidas y datos, sino que su conocimiento anatómico le llevó a la interpretación de los mismos, como por ejemplo la de la introversión del basio, que fué para él y merece serlo, fondo explicativo de la arquitectura cráneo facial de los vascos, o de las correlaciones por él siempre establecidas entre caracteres distintos y aún separados, del cráneo y del hombre en total.

A estas investigaciones generales y transcendentales, contribuyó destacando la fecundidad del llamado triángulo facial poco usado aún sin que se explique la causa por los antropólogos extranjeros. Otro estudio general en que lo anatómico se fecunda por lo matemá-

tico-geométrico y que aún está en verdaderas vías de eclosión es el del tetraedro facial, con todas sus derivaciones de las caras de este volumen, como triángulos laterales, básicos y superiores en el cráneo, y su correspondencia en el estudio facial del hombre vivo, que nosotros estamos aplicando, modificando el método en actuales investigaciones.

Un tercer ejemplo de este fecundo método morfológico matemático es el de los varios trabajos publicados acerca del perfil facial y del prognatismo, temas que deben seguirse estudiando para evitar la simplicidad y el rutinalismo en estos conocimientos.

También en colaboración, pues en realidad ésta fué constante, aunque separando la firma de los trabajos, investigamos y dimos a conocer el método analítico métrico del tamaño absoluto del cráneo, habiéndonos sugerido este nuevo método, la consideración lógica, matemática y anatómica de que el índice cefálico, no podía ni debía ser exclusiva guía de la clasificación craneal, y menos en España en que las relaciones de altura y anchura nos hubieran permitido establecer una segunda y esencial distinción de la hipsicefalia y el aplastamiento, y una tercera y confirmadora de las anchuras craneales con los otros dos diámetros.

La Prehistoria y la Etnografía

A una cualidad esencial que nadie habría podido pensar dado el defecto físico de Aranzadi, se debe el que, saliendo del laboratorio, recorriera campos, pueblos y montes, con un verdadero ardor de viajero, avalorado por otra cualidad espiritual y estética, que geográficamente, es conexional, es decir, la apreciación y utilización del paisaje y el ambiente.

Lleváronle estas cualidades a dominar en absoluto la prehistoria y la etnografía. La primera como uno de los más metódicos excavadores de yacimientos y sepulturas, en grutas y en dólmenes, y en la iniciación bibliográfica de estas notas, van destacadas las exploraciones hechas por sí solo o en colaboración con Ansoleaga, Barandiarán y Eguren principalmente, con tal severidad de método, que descarta inmediatamente los pormenores inútiles y destaca los hechos

y caracteres esenciales de los yacimientos geológicos y los enterramientos protohistóricos y así grutas y dólmenes de todo el territorio Vasco-navarro, le permiten el dominio total del horizonte prehistórico de esta región, y la publicación con el P. Barandiarán que a la ciencia sigue prestando su fecundo trabajo y con aquel tan modesto como fecundo conocedor de la prehistoria el alavés, catedrático de Oviedo, E. Eguren, publicar entre otras muchas las triples memorias de excavaciones de «La Caverna de Santimaniñe», verdadero modelo, que con los de los hermanos Siret y los posteriores de J. Cabré, B. Taracena y algunos otros, serán modelos clásicos para una verdadera antología espeleológica y prehistórica.

Yo conservo cartas, escritas desde los yacimientos que exploraba y muy singularmente de las del último de la caverna del caserío de Iziar, término de Deva, y todas ellas demuestran, no su afección al trabajo, sino su verdadero amor y entusiasmo por realizarle en pro de la ciencia y en lo que él estimaba tal vez con justicia, gloria de su tierra y de sus abuelos. Es de destacar que este entusiasmo culminaba al tener la suerte de encontrar tras cinco años de pacientes excavaciones en 1936, el cráneo más antiguo de la estirpe vasca, representado por el magdaleniense del paleolítico superior, encontrado en la más profunda capa de aquella caverna, con objetos que delataban de un modo incontrovertible, y que dieron motivo a una de sus últimas publicaciones.

Yo reitero aquí la verdadera gratitud, que al estar yo confinado por malandanzas de la guerra, los años 1937 y 38 en San Sebastián, me confiara la grata labor de sustituirle en el estudio de los cráneos de Iziar, que confirmaron las presunciones suyas de ser del protovasco la última calavera que él descubrió terminando con ella sus exploraciones, pero dándome a mí la suerte de retrotraer miles de años la autoctonía de los vascos, en el fondo del golfo de Vizcaya, cuyo descubrimiento anticipamos en la página 218 del IV capítulo de la Historia de España, dirigida por Menéndez Pidal, y cuyo trabajo será publicado in extenso por el Instituto Bernardino de Sahagun, en un estudio general de la raza vasca.

Más que la prehistoria, ciencia que pudiéramos llamar estante, demostraba las condiciones de viajero de Aranzadi, la etnografía,

de investigación verdaderamente trashumante y que él realizó en Sierra Nevada, Cataluña, los Pirineos, gran parte de la España Central y más detalladamente en Vasconia.

Las observaciones, siempre originales, recogidas por Aranzadi, están expuestas en revistas y periódicos, desde una muy esencial, aunque parezca minucia pedestre, acerca de «Las abarcas en Sierra Nevada, la Sierra Carpetana Central y las Vascongadas», que con dibujos, siempre enseñadores, apareció como apéndice a su original trabajo que con nosotros había realizado, acerca del por él llamado carro chirrion y por nosotros cántabro.

Cerró a nuestro conocimiento esta serie de investigaciones de Etnografía y folklore, el artículo del que luego trataré, acerca de los cencerros y muy poco antes, el de otro explicador de las transformaciones de la rueca. Pero entre ambos, a lo largo de medio siglo de recogida de datos, hay que destacar el primer artículo que acerca de la etnografía y el folklore y más concretamente de su Museo español, publicó en aquella insuperable Revista «La España moderna», sostenida por otro vasco-navarro D. José Lázaro Galdiano. Tras este, artículos y peticiones e informes oficiales que conmigo dirigió al comienzo del segundo decenio del presente siglo, al Seminario de Filología, que entonces llevaba la representación de estos estudios, en petición de ayuda que no fué negada, para continuarlos y preparar la fundación de un Museo del Pueblo Español, que no llegamos a lograr hasta 1934 y que con muchos de sus consejos dejé yo organizado en los dos años que lo dirigió.

Dos libros flotan sobre sus innúmeros artículos, el en colaboración conmigo de «La etnografía: su estado actual, métodos y problemas» y el de «Aperos de labranza», incluido en la colección de «Folklore y costumbres de España». Y no queremos dejar de citar las discusiones que, aunque científicas, muy vivas a veces, con investigadores extranjeros y aficionados españoles, que no interpretaban bien nuestros hechos etnográficos o hacían más literatura que ciencia al describirlos.

Otras aptitudes

Aunque su vocación fué siempre la antropología, múltiples eran las aptitudes del infatigable vergarés y definida ya la de dibujante, destaquemos una que con más pureza estética, sin valor aplicativo, cultivó. Aranzadi era un musicólogo y aún, un músico y fué uno de los jefecillos orientadores de aquella peña crítica del *paraise del Real*, por los buenos años de 1888 a 95 y con Paulino Savirón, químico eminente y rector que fué de la Universidad de Zaragoza, con Borrell el farmacéutico bien conocido de la Puerta del Sol, con Miguel Gayarre, el alienista, destacado, con Julio Puyol el académico y sociólogo, constituyeron la crítica actuante, que la empresa y los propios divos y grandes tiples del Real, tenían en cuenta, tanto o más, que la crítica escrita de diarios y revistas.

Fuó también aquella crítica, la que inició el respeto y llegó al entusiasmo por la música wagneriana y nacida por cohospedaje en la casa de los padres del gran músico Conrado del Campo y luego en la de la madre de Savirón que, viuda de un eximio archivero, demostraba entonces la ayuda con que el Estado atendía a los que, ayudándole, habían alcanzado verdadero prestigio. Aquélla peña filarmónica, vivió y actuó hasta que los caminos de la vida desparramaron al simpático grupo.

No callemos la aptitud lingüística, que le llevó a dominar las grandes lenguas europeas, hasta el punto de hablarlas y escribirlas con plena soltura, siéndole la mejor tarjeta de presentación en los diversos países que recorrió, como infatigable viajero.

Ráfaga bibliográfica

Esto es simplemente este artículo, que no es bibliografía expositiva ni crítica, que buena será hacerla en una exposición aranzadiana, ni siquiera una lista como la que pacientemente reunió P. Garmendia y publicó en la *Revista Internacional de los Estudios Vascos* en 1935, y que ha sido completada y no del todo, en uno de los apéndices de la enciclopedia *Espasa*.

Las 20 páginas y los cientos de fichas recogidas por Garmendia, da clara idea de que Aranzadi era un polígrafo, pues escribió mucho y de muchos temas, ya que su pluma era tan suelta como su ingenio y ambas puestas al servicio de su cultura, pero estas tres cualidades exigían una cuarta, que siempre se cumplió, pues no quería caer en el vicio nacional que tan bien fustigó, de **pasar el tiempo**, y su trabajo era permanente y continuo, sin llevarle a la fatiga y «surmenage», que en el tercio central de su vida, fueron disculpa utilizada por vagos y distraídos para librarse del trabajo.

Ya se dijo que su primer artículo no fué el que recoge Garmendia, como publicado en 1882, sino el que apareció en la Revista Científica editada por el Dr. Fernández Izquierdo y ahora añadamos que el último, póstumo por su aparición, fué publicado en la «Revista de Dialectología y Tradiciones populares» acerca de **Los Cencerros**, aguda reflexión, que da vida a un tema tan mínimo y trivial a los sesenta y tres años de comenzar su vida de escritor científico, y precedido en su obra antropológica en el artículo dedicado al arte mobiliario magdalenense, en 1935, verdadera auténtica del importante descubrimiento en la cueva de Urutiaga (Iziar), Deva, del cráneo magdalenense que con otros han sido por mí estudiados por su mandato y herencia y que retrotraen la antigüedad de la raza vasca a la edad paleolítica en continua y precisa sucesión como no la presenta ninguna otra región española.

Recoge primero la bibliografía de Garmendia, la veintena de libros que fué superada por faltar, por ejemplo al principio, las Lecciones de Antropología, que publicamos juntos como discípulos del catedrático Sr. Antón en 1894, como falta también la muy importante colaboración en la Enciclopedia Espasa, que ya en la letra E, se había iniciado, pues suya es la parte de Antropología que figura en el tomo dedicado a España.

Los libros son plena muestra de lo que pudiéramos llamar la liberación de Aranzadi, de su profesión farmacéutica y su plena adscripción a la gléba antropológica y etnográfica, pero cumpliendo siempre de exagerado modo con su deber, como catedrático de Botánica de Barcelona, publicaba, precisamente por ser un gran dibujante, meritisimos Atlas de setas y hongos comestibles y vene-

nosos, y de plantas medicinales y de un memorandum de Botánica descriptiva utilizado por estudiantes y coleccionadores de plantas.

El fondo destacado de sus libros fueron los de Antropología, Etnografía y Prehistoria monográfica de su país natal, y los capítulos esenciales de los que al hombre y su cultura se refieren, en la Geografía del País Vasco-Navarro, que hasta la fecha no han sido mejorados a pesar de sus cuarenta años. Como publicación aislada destaquemos la que en colaboración conmigo recogía los cursos que dimos en el Ateneo de Madrid «Etnografía: Sus bases, sus métodos y aplicaciones a España», volumen de la biblioteca Corona que dirigimos en 1917 y en la que aparecieron los primeros trabajos (de alta vulgarización, como los llamó Unamuno) de Rey Pastor, el Dr. Marañón, F. de los Ríos, Fernández Navarro y otros.

Destaquemos solo, no los títulos de cada trabajo, sino las principales Revistas en que distribuyó sus centenares de artículos, con un primer grupo de las que pudiéramos llamar Vascas o Vascófilas, comenzado por la tradicional Euskalerría, desde la que se inicia en 1896 con generalidades acerca de la raza vasca y termina a los 20 años de la publicación, con una enjundiosa revisión del hombre fósil, que más concretamente apareció también en las publicaciones de la Sociedad Española de Historia Natural.

La Revista Internacional de Estudios Vascos, recogió durante todo su desarrollo, el saber de Aranzadi con artículos de investigaciones originales o de crítica muy científica, destacándose como el más fundamental la «Síntesis métrica de los cráneos vascos», en los cuadernos de 1922 y en sus volúmenes hay múltiples descubrimientos en el sentido de sacarlos a la luz de la vida vulgar y pueblerina del Folklore y la Etnografía de los vascos.

En la más regionalista Sociedad de Estudios Vascos, aparecieron fundamentalmente, artículos de Folklore desde 1918 a 1930, recogiendo también su intervención en los diversos Congresos por aquella organizados, en las verdaderas sedes del vasquismo. Del mixto tipo de Revista la Euskalerraren Alde, en los 18 años de su publicación, publicó casi treinta artículos de tipo de divulgación y ahora nos atrevemos a llamar catequistas para el buen sentido regiona-

lista y enseñadores de todas las facetas científicas que a los vascos interesaban.

Secundariamente —y no calificamos las Revistas— recogieron trabajos de Aranzadi, Jakintza, ya en los últimos años antes de la guerra, un decenio anteriormente, y *La Boskonía* y alguna otra, publicada por las colonias vasco-navarras en América del Sur.

En las Revistas puramente científicas no regionales, y especialmente en la Sociedad Española de Historia Natural, en sus diversas épocas, después de un trabajo publicado en común con nosotros. «Un avance a la Antropología de España», en 1892, publicó una de esas curiosas observaciones suyas acerca de los cacereños en 1894 y siguió hasta sus últimos años, porque llegó a ser el Decano de dicha Sociedad, destacándose como el más importante de los trabajos, el dedicado al triángulo facial en general y a los vascos en particular, y las Relaciones de conjunto de la calvaria en España.

En los diversos Congresos de la Asociación para el Progreso de las Ciencias, desde 1908 en su comienzo con el Congreso de Zaragoza, alternando lo antropológico con lo etnológico y dando en sus tomos reediciones o comentarios de los trabajos originales, continuando hasta el último en que vivió.

Inútil es decir que en las Revistas Científicas y culturales de Barcelona, figuraron sus escritos de todo género. En el Anuario de la Universidad y sobre todo en las Publicaciones de la Sección de Ciencias Naturales de la Facultad de Ciencias, publicó un ensayo acerca del tetraedro facial y unas notas craneológicas. En tres Revistas Científicas Catalanas, en el Instituto de Estudios Catalanes en 1920 y más principalmente en el *Butlletí* de la *Associació Catalana de Antropología*, en cuyos tomos figuran algunos trabajos, no solo de craneología, sino de crítica de algunas publicaciones extranjeras. Y, por último, en el *Arxiu de Etnografía de Catalunya*, publicó el plan, que presentamos y no admitieron, para un Museo de Etnografía y Folklore adaptándolo para Cataluña.

No traemos aquí la enumeración de las múltiples Revistas y aún diarios vascos en que colaboró.

Las Revistas extranjeras de Sociedades científicas acogieron múltiples trabajos de Aranzadi, desde el que en 1893, sobre «La distri-

bución del color de los ojos en España», publicó en el Archiv für Anthropologie de Berlín. De los datos recogidos en colaboración, así como en otras seis Revistas alemanas con trabajos antropológicos, etnográficos y folklóricos y a las que pueden agregarse algunas austríacas y principalmente el gran «corpus» de etnografía «Anthropos» dirigido por el P. Smith. Revistas francesas desde 1894, en el Bulletin de la Sociéte d'Anthropologie de París con una iniciación del pueblo vasco y en muchas ocasiones firmando los dos colaboradores, así como en la Revue de Hygiène, un trabajo que publicamos conjuntamente, extractado de la Memoria presentada en el IX Congreso Internacional d'Hygiene et Demographie, celebrado en Madrid en 1898, acerca de la «Interpretación de la Natalidad y la Nupcialidad en España», cuyos mapas y gráficos figuraban en la Exposición, mereciendo premio de Medalla de Oro.

En esta recensión, no recogemos los trabajos presentados y publicados en varios Congresos Internacionales de Antropología y Etnografía, a los que presentó trabajos en colaboración conmigo, en ios de Ginebra, París, Londres, Oporto, Amsterdam, etc.

Por fin, como addenda de esta ráfaga bibliográfica, recoge Garmendia, aunque no todos, artículos de Revistas y Diarios de todo género, desde aquel primero en la meritísima «La España Moderna», la mejor Revista que ha existido, fundada, así como su Biblioteca, por el actualizado nombre de José Lázaro Galdeano, aunque antes precedieran algunos artículos publicados en la Revista Científica, dirigida en Madrid cuando empezábamos a escribir, por el Dr. Castello y propiedad en cierto modo de aquel mecenas de la ciencia Fernández Izquierdo, hasta los artículos publicados en 1934, formando un mosaico complejísimo por las Revistas, los Diarios y los temas.

No quiero olvidar, que su dominio de las lenguas vivas y su curiosidad científica, le llevó a hacer varias traducciones, al frente de las cuales debe figurar la del gran naturalista G. de Humboldt, tanto de sus viajes, como de sus investigaciones acerca de la lengua vasca, así como libros generales de A. C. Haddon, M. Haberlandt y E. Frizzi.

Recogió Garmendia, y habrá que completar, los trabajos hechos

en colaboración, por espíritu científico que no rehuyó jamás la labor ajena ni la cooperación en la investigación, principalmente conmigo y con los investigadores vascos, con Barandiarán, que sigue trabajando, y con los ya perdidos para la ciencia, Ansoleaga de Navarra y el meritísimo catedrático de la Universidad de Oviedo E. Eguren, más algún otro.

El otro amor de Aranzadi

Supongo que anterior, y tal vez superior, al amor a la ciencia, culminaba en Aranzadi el profesado a su tierra y a su raza, y fué éste, claro es, el que orientó sus tres grandes estudios: el antropológico, el prehistórico y el etnográfico-folklorico a la aplicación constante de sus métodos e investigaciones en la propia tierra y raza vasca. Este amor tenía en Aranzadi la expresión de una liturgia de tres meses dedicada al culto de Vasconia, culto activo, fecundo, que le llevaba a recorrer, durante los veranos, sierras y valles, costas y montañas, pueblos y despoblados, en los que tras la plena adoración al paisaje que llegaba a declarar superior a todos los vistos por él y eran muchos, así como su primo Miguel de Unamuno, al señalarle en Grenoble la maravillosa vista de los Alpes, reconocía su valor, pero le estimaba inferior a la vista que de Salamanca, tenía la campiña charra y la lejanía de la Sierra de Gredos.

Este amor a Vasconia, le llevó a un regionalismo absoluto, pero jamás, sin excepción alguna, a un nacionalismo definido, pues culto en historia y prácticamente agudo en su interpretación, solía decir que el menor Estado del mundo debía de ser como China, y por esto, cuando algunos críticos superficiales, más de su espíritu e intención que de sus obras, le encajaban en casilleros en que nunca cupo, cometían error por desconocimiento o por torcida voluntad, y fueron causa tal vez, de que Aranzadi no muriera y reposara eternamente, en la tierra que le había visto nacer.

Pudiera explicarse que los críticos de Aranzadi, con miopía interpretativa evidente, se fundaran en la briosa defensa que siempre hizo de las cualidades o calidades de la tierra y los hombres vascos, no estimando como arcaísmo inadaptable a la vida presente ni como

defectos, alguna de sus características espirituales y extendiendo esta defensa en múltiples ocasiones al casticismo español, pues pocas frases habrá más justas que la defensa de los garbanzos y el cocido frente a la culinaria extranjera, y hasta el elogio de la boina, la faja y los zahajones de la indumentaria nacional.

Todo ello lo hacía sin apuntar la supervaloración del racismo o del indigenismo vasco, ya que es, de los escritores científicos españoles, uno de los que más claramente condenaron la jerarquización racial estableciendo bien claramente la existencia de diferencias, pero no de superioridad o inferioridad entre los hombres y terminando por sostener en uno de sus últimos trabajos, el presentado al Congreso Antropológico de Londres de 1934, que los vascos eran uno de tantos grupos raciales pobladores de todo el Occidente europeo.

Los defectos del Maestro

No quiero terminar este **in memoriam** sin sujetarme al criterio del gran químico Oswald, el que en su ejemplar libro «Los grandes hombres» afirma que no es completa una biografía si sólo elogios contiene, pues como no hay medalla ni moneda en que la cara no esté completada por la cruz, ni los genios, ni los héroes ni los sabios son carentes de defectos. Viene esto a cuento de la divulgada leyenda del mal genio de Aranzadi, que nosotros dejamos reducido a genio, pues le tenía y claro es como tal cualidad psicológica es pendular o variable, y va de un mínimo a un máximo y por ello su viveza de genio se ha interpretado como peyoración del mismo. Ciertamente es que en su expresividad exageraba a veces la defensa de la verdad como el hidalgo la de su blasón, y que no era amable ni sonriente para los que cometían con él injusticia, o al menos inequidad, y cómo además era hipercrítico y formidable dialéctico, hería en sus discusiones a los contrarios, tanto más cuanto que, como se decía en aquella época de su juventud, era un verdadero exterminador de farsantes.

Aunque un gran maestro, pues la claridad, precisión y profundidad en su saber fueron reconocidas por todos sus discípulos, lo cierto es que en el último tercio de su docencia, no creó discipu-

los —salvo su sucesor Santiago Alcobé, que honra a la escuela— y los entusiastas naturalistas vascos que hoy perpetúan su memoria, pero bueno es saber, pues la razón esencial de las cosas es la que ha de tenerse en cuenta, que la antropología es ciencia tan pura y económicamente tan estéril, que no ofrecía solución económica alguna ni aun para la congrua indispensable para la vida, y quiero yo añadir que a la manera directa y oral del enseñar se unen ciertamente y se amplía el número de alumnos de la gráfica por los lectores de sus obras, y de este eficiente magisterio deben ser innúmeros los discípulos que la antropología, la etnografía y la prehistoria han creado y repartido por toda la Península las obras de Aranzadi.

La leyenda del genio actuó sin embargo, privando a Telesforo de Aranzadi de ocupar la cátedra de Antropología de Madrid a la muerte del Profesor Antón y ciertamente, como secuela de ello, la dirección del Museo Antropológico Nacional. Negósele al profesor de Botánica de Farmacia, hasta la admisión en el Concurso, por exigir la ley que fuera catedrático de la Facultad de Ciencias, de la de Medicina y aun de la de Filosofía y Letras, pero ya en plena y tranquila posesión del nombrado, al muy poco tiempo fué Aranzadi propuesto y nombrado para la cátedra de Antropología de la Universidad de Barcelona que se creó por razones diversas en aquella ciudad. Y recuerdo cómo yo escuché de los dos jefes rectores y dispensadores de favores o de agravios en las Facultades de Ciencias y de Farmacia cómo explicaban en privado lo que públicamente no podía darse como razón o disculpa para justificar el cambio de criterio en tan poco tiempo en la solución de un mismo asunto.

Y finemos diciendo que las cualidades significativas de sus obras en sus tres fundamentales facetas, antropológica, etnográfica y botánica son bien destacables por la triple virtud de su erudición amplísima, sólida y concreta, que le permitía citar y recoger cuantos datos se conexionaban con el problema que estudiaban con gran facilidad por el conocimiento de idiomas; su espíritu conexional que fácilmente establecía relaciones entre hechos diversos que a juicio de Cajal es actualmente el modo de descubrir, y sobre las dos

cualidades anteriores se alzaba la verdadera trascendencia o filosofía de los hechos científicos que le llevaban a la generalización, a veces de hipótesis y a veces de leyes explicativas, de aparentes minucias de los hechos etnográficos y folklóricos, o de los datos de formas y medidas de los detalles anatómicos, y como ejemplo basta citar la utilización de un carácter tan aparentemente escueto y aislado como la retracción del basio que él establece como uno de los focos de la arquitectura craneal, o la consideración en etnografía y folklore de los datos de la cultura maternal y la aparición de la agricultura en Vasconia, para no recoger más, la interpretación de ritos, supersticiones y costumbres en esta misma región.

Cierto es que a veces, por su gran cultura multiplicaba las comparaciones y citas en excesivo número, sin gran utilidad para la solución del problema y cierto es también que su tendencia a la concisión en el pensar y en el escribir era tan grande, que a veces parece confuso, no ya para el gran público, sino para los investigadores generales de las ciencias que él cultivaba, que no sean especialistas en algunos de sus temas o en el conocimiento de las regiones o comarcas en que fijaba el estudio.

